

EL TEATRO, AYER Y HOY

HACE unos años —pensábamos el otro día, mientras con los ojos recorríamos la sección de espectáculos de un periódico— el teatro era en México recuerdo para los viejos que lo añoraban; miserable testimonio para los contemporáneos que, indiferentes, veían naufragar su póstuma caricatura ocasional; señuelo romántico para algunos aficionados “experimentales” que luchaban desesperadamente por no dejarlo morir del todo; despreciable mito para los propios antiguos profesionales, que habían encontrado en el cine un más real campo de acción. Hoy, en cambio, el teatro se diría floreciente. Las salas se cuentan por decenas. Nuevos rostros y voces pueblan las tablas. Los actores de cine condescienden a veces a trabajar fuera del celuloide, como lo hacían en sus mocedades. Las obras que han triunfado en Broadway, en París, en Londres, son prontamente traducidas y puestas en escena para nuestro público; y no pocas alcanzan varios centenares de representaciones.

SATISFACCION

NOSOTROS somos de aquellos que creen en el teatro. Como símbolo de cultura y como medio de entretenimiento. No ignoramos que en él se cifra una herencia procedente de los tiempos más remotos, en-

LA FERIA DE LOS DIAS



recuperación acabamos de enumerar, de otro lado advertimos un tremendo desequilibrio entre lo que podríamos llamar mera ejecución, y lo que constituye la creación dramática propiamente dicha —o sea, la elaboración sistemática de obras adecuadas, por autores nacionales. Y semejante desequilibrio nos ensombrece la perspectiva.

RAZON EMINENTE

EL único teatro verdadero es el teatro vivo. Y no bastan a darle vida, en rigor, los actores, los directores, los escenógrafos; ni siquiera es vivificador suficiente el progresivo concurso del público. Estos elementos son indispensables, por supuesto. No se concibe a Talía y Melpómene sin ejecutantes que las concreten; tampoco se las imaginaria predicando en el desierto. Pero no menos esencial es la presencia —cercana, positiva, sólida, constante, sensible— de dramaturgos capaces de nutrir a esos ejecutantes y a esos espectadores con los alimentos que corresponden al ambiente en que unos y otros se desenvuelven, con los problemas y situaciones que unos y otros están acostumbrados a compartir. Bien que se traduzca, que se adapte; en nada nos perjudica conocer y aprovechar las experiencias ajenas; pero si queremos un teatro nacional no serán las traducciones ni las adaptaciones los mejores cimientos para construirlo: necesitamos, ante todo, una

radicalmente generalizada. De cualquier modo, columbramos que el teatro sigue siendo, al menos, una bandera que oponer a la barbarie y, en último extremo, un refugio para quienes prefieren ser salvados de la tempestad desencadenada en los laboratorios de Hollywood y difundida en el mundo entero. Por todo ello, pues, nos llena de satisfacción que en México vuelva a saberse qué es una buena comedia; qué, un diálogo bien construido; qué, una actuación “a la altura del arte”.

RESERVAS AL MARGEN

CONSCIENTES de que, en este sentido, el actual panorama presenta rasgos alentadores, nos asaltan sin embargo serias inquietudes. Porque si por una parte resultan indudables cuantos gratos síntomas de



riquecida y renovada en sucesivas épocas literariamente luminosas. Y además nos agrada en sí mismo, por su eficacia intrínseca y permanente. En consecuencia nos place comprobar su renacimiento. Frente a la invasión bárbara de un cinematógrafo que sólo aspira a congregarse a las masas para cretinizarlas mediante una determinada suma de dinero, el teatro nos parece, desde un punto de vista ideal, la más descable vía de rescate. Claro, no nos hacemos ilusiones; la invasión se encuentra por ahora demasiado



escuela de autores que logren interesarnos, reflejarnos, hablarnos en nuestro lenguaje. Pues en esto, justamente, radica el valor peculiar del teatro: en su poder catártico, en su condición de espejo dinámico de la realidad que el pueblo afronta cotidianamente. Tal ha sido siempre, en los países de gran tradición dramática, la eminente razón de ser de los escenarios; y tal deseáramos que fuera, en México, el motor definitivo que afirmara nuestra balbuciente evolución teatral.